

---

## DOS RELATOS DE JOSÉ ALBARRACÍN FERNÁNDEZ

---

### EL RELOJ INVERTIDO

La iglesia estiraba su cuello en un vano intento por saber algo de su grey. Las perezosas campanas escuchaban sus metálicos lamentos. Y el reloj de la torre, que en otro tiempo había sido implacable en su recorrido levantando inquietudes o truncando esperanzas, ahora, con sus brazos extendidos, marcaba un tiempo inmóvil.

Frente a la iglesia, la casa del relojero ardía en actividad. Mil agujas en infatigable recorrido pugnaban por alcanzar y volver a superar infinidad de números y marcas significativas, animadas en sus rítmicos lenguajes o sonoros anuncios. El viejo relojero con su inquieto y pronunciado ojo escudriñaba sin cesar las entrañas de los enmarañados mecanismos: muelles de tirete, ruedas de canto, anclas y volantes; espirales, platillos, horquillas, ejes, y los delicados trinquetemuelles. La vida del activo artesano había sido una lucha incesante con el tiempo. A pesar de la curva de su espinazo y sus cenicientas arrugas, su corazón mantenía la ilusión de una orgullosa labor: la de crear el movimiento.

Afuera oscurecía y una figura, moviéndose lentamente, cruzaba la plaza en dirección a la relojería. Se detuvo frente a la pequeña puerta y entró decidido. Sobre el mostrador puso un reloj antiguo. Tomó su recibo y salió. El reloj pasó a manos del relojero y, antes de tomar posesión de un turno, fue objeto de un pequeño chequeo clasificador. Su tapa posterior saltó y en su reverso quedó inmóvil la lente, se podía leer: «Todo tiempo es eternamente presente». ¡Bah! tonterías, pensó, y siguió su trabajo. Sin embargo la frase se interponía sobre sus rutinarios pensamientos. De mal humor la volvió a leer, quiso reflexionar sobre ella e instintivamente dirigió su mirada al reloj invertido. Era una pequeña travesura. Todo consistía en hacer girar el mecanismo y las agujas en sentido contrario a lo normal, como desandando el tiempo que los otros relojes marcaban, dio un gran suspiro y comprendió.

Las perezosas campanas doblaban a muerte. Frente a la iglesia una figura observaba el féretro que sacaban de la relojería.

## EL MOTORIZADO

lo que fui y lo que en posibilidad  
pueda llegar a ser es lo que soy.

Joyce (~~Ulises~~-Caribidis y Seila)

La mañana era fresca. La estación de las lluvias dejaba caer sus primeras aguas. El motorizado, ya dispuesto a enfrentar la nueva jornada, alzó su pie derecho y haciéndolo descender con fuerza sobre el pedal de arranque escuchó la explosión del motor; manipuló el acelerador y se ajustó el impermeable. Sobre la moto, su figura mediana y elástica, se balanceó hacia la izquierda y ejecutando un círculo como las aves tomó rumbo.

**El piso de la autopista estaba cubierto de una película brillante y resbaladiza que obligó al motorista a reducir la velocidad. Se encauzó por uno de los canales que le ofrecían las largas hileras de carros y, con monótono avance, se dirigió a su destino.**

**La delgada lluvia se mantenía casi perpendicular fuera de la visera del motorizado y sus ojos, fijos en el pavimento, miraban pasar veloces porciones de suelo envuelto en siseante rumor de cauchos que lograban penetrarlos de soñolencia. Su ensimismamiento le impidió que pudiera distinguir a la persona que le miraba insistentemente, a su izquierda, desde el ángulo del volante del vehículo negro. Aunque quiso no pudo disimular un ligero escalofrío. Las imágenes de un pasado no muy lejano comenzaron a fluir...**

**Seguía esperando. Inquieto miraba con ansiedad la pequeña casa de la esquina. Diez minutos más tarde llegó por fin el coche fúnebre. Las manos le sudaban. El último fragmento de una pequeña rama que destruía nerviosamente con sus dedos cayó a sus pies...**

**—¡Animal!**

**Un rápido viraje evitó el accidente. La moto zigzagueó y siguió por el estrecho pasillo que le dejaba la hermética fila de vehículos.**

**Avanzaba...**

**Del pequeño arco de su visera caía insistentemente una gota de agua en su última escala hacia el reloj central de la máquina. Entonces se acordó de su sueño... unas manos enormes exprimían chorreantes nubes que se burlaban de él...**

**¡Ya los sacan!... ¡Viejo idiota! ¿por qué tuvo que cruzarse en mi**

camino? Medio oculto detrás del árbol vio pasar la comitiva. Algunos paraguas se abrieron. El giró sobre sí y resguardó en un portal...

La lluvia arreciaba. El próximo puente sería bueno una parada. Quizás en algunos minutos disminuiría el agua. Arrimó la moto al muro y se apoyó en él. Se quitó la gorra y su mano alisó el cabello. El pañuelo rozó su frente como intentando empapar en él las punzantes imágenes del accidente... si por lo menos le hubiese prestado auxilio... pero eso de huir...

Avanzaba...

El gris plumizo de las nubes se iba aclarando. La moto giró a la derecha para salir de la autopista y tomó el distribuidor. Ahora, en la avenida, la fila de automóviles era lenta y espesa, pero su rápido avance no se interrumpía a pesar de que sus manos chocaban a menudo los costados de los carros. De pronto dio un frenazo. La moto se deslizó sin control y se estrelló contra una mesa blanda. Los conductores más próximos pararon sus máquinas. Varias personas corrieron al lugar del accidente. La gente se arremolinó junto al cuerpo del herido. Voces apremiantes. Confusión.

Tendido, cerca del atropellado, una figura mediana y elástica se miraba aturdida las manos correantes de lluvia. Se incorporó, alzó la moto y huyó.